



José María Perceval

Introducción

Víctimas simpáticas y antipáticas

Empatía y simpatía con las víctimas

Indefinición del término 'víctimas'

Origen del término

El cambio radical de la guerra de Biafra

Utilización mediática

Las víctimas como problema en el proceso de paz

Las víctimas como solución en el proceso de paz

Hacia una ubicación real de las víctimas en los procesos de paz

Conclusiones

Introducción

Los conflictos producen víctimas, la mayor parte de las veces en los dos bandos enfrentados. En muchas ocasiones, las víctimas son utilizadas como excusa para la continuidad del conflicto, en otras son olvidadas en el desarrollo de un falso proceso de paz. Es necesaria la confrontación de las víctimas a la realidad y a sus verdugos en un proceso de conocimiento de la verdad, de aplicación de la justicia y de perdón mutuo. El primer paso es histórico, el segundo es legal y el tercero, el más difícil, es ético y debe corresponder a un abandono absoluto de la violencia por parte de las personas que han utilizado y justificado este método.

Víctimas simpáticas y antipáticas

Las víctimas son la terrible consecuencia que acompaña el dolor humano provocado por las acciones militares de los grupos enfrentados en un conflicto. Las víctimas son la triste secuela de la aplicación de estrategias violentas, con fines discriminados o indiscriminados, por los gestores del poder establecido – y no ajustado al estado de derecho - o del contra poder que desea sustituirlo – y que no sigue las vías de la oposición legítima y democrática para conseguir este objetivo. Las víctimas pueden ser un objetivo de una acción militar determinada, una consecuencia lateral del mismo

– lo que ahora se denominan ‘efectos colaterales’, o simplemente un efecto buscado – sangriento y terrorífico - para un éxito mediático de la acción.

Históricamente, las víctimas han sido normalmente despreciadas, minusvaloradas u olvidadas tanto en los procesos de paz como en los procesos de sustitución del poder por parte de los antiguos oponentes, ahora convertidos en nuevos gestores del poder. Para unos, son el costado molesto e inevitable de las acciones heroicas revolucionarias que abren el camino hacia el triunfo de ideas renovadoras. Para otros, son la suciedad a esconder en la “necesaria” represión de los violentos que quieren subvertir el orden establecido.

Las víctimas, además, han sido divididas frecuentemente en dos tipos: las destacadas como héroes/heroínas del proceso militar y las víctimas ‘malvadas’ de los grupos vencidos. Había víctimas que lucían sus heridas y su pasado, y víctimas que debían esconderlo si no querían ser perseguidas de nuevo. Los libros de historia están llenos de víctimas elevadas a la categoría de mártires y de víctimas olvidadas y despreciadas, cuando no insultadas y condenadas, por su pecado de pertenecer al bando perdedor.

Finalmente, los dos bandos en conflicto tratan de minimizar las víctimas provocadas por sus acciones y aumentar las víctimas provocadas por los daños del adversario. En esta lucha se puede llegar a acusar a las víctimas de inventarse su dolor, a menospreciarlas por haber sufrido ‘lo que se merecían’ o directamente condenarlas al silencio bajo amenazas en caso de que deseen acudir a la justicia. En ciertos lugares, las víctimas son reducidas al silencio y la vergüenza de ser víctimas –acusadas de ser traidoras a la patria, el pueblo o cualquier otra gran idea - por sus verdugos, triunfadores y héroes de la nueva situación política.

Actualmente, dentro de la llamada lucha contra el terror, las víctimas han sido compartimentadas en aquellas que son fruto de una acción indiscriminada por parte de los grupos terroristas, donde se ataca a una población civil para provocar el terror, de las víctimas que son consecuencia de una acción militar encaminada a un objetivo concreto. Unas son víctimas, las otras un daño colateral.

Por lo tanto, el primer paso para cambiar el paradigma violento es superar la división entre ‘víctimas simpáticas’ y ‘víctimas antipáticas’. Lo que no significa que banalicemos la historia y la violencia colocando en el mismo nivel todos los bandos. No se establece ninguna equidistancia entre la posición de los insurgentes militares que provocaron la guerra civil española de 1936 y el gobierno legítimo de la república si se afirma que eran víctimas del conflicto tanto el miliciano fusilado después de su rendición por las tropas nacionales como era víctima del conflicto el sacerdote fusilado por los milicianos. No se establece ninguna equidistancia entre los diversos bandos

de la deriva nacionalista serbia que lleva a la explosión de la federación yugoslava si se afirma que eran víctimas del conflicto balcánico tanto las familias croatas y bosnias asesinadas por los soldados serbios como las familias serbias asesinadas por los soldados croatas o bosnios; las familias desplazadas de un lado como los serbios expulsados de Kosovo. No valen tampoco los argumentos, que se repiten en todos los conflictos, de 'ellos mataron más' o los que hemos oído últimamente, "fue un grupo que en su corta acción violenta provocó pocas víctimas", sea para un grupo como Terra Lliure' como incluso para el GAL.

Ni el número ni la calidad de las víctimas pueden ser menospreciados o minimizados en razón de los altos objetivos que se deseaban alcanzar. Por lo tanto, el primer paso para visibilizar a las víctimas es pasar de la atención parcial, focalizada y perversa a un solo grupo de víctimas olvidando las 'otras' víctimas, a la simpatía general por todas las víctimas, por todas aquellas personas que han sufrido las consecuencias y el dolor de un conflicto violento.

Empatía y simpatía con las víctimas

La compasión es parte fundamental del proceso de paz. La identificación con las víctimas de la violencia, la capacidad de compartir su dolor, la posibilidad de colocarnos en su lugar, vivenciar su experiencia,... nos permiten superar la violencia y adoptar un nuevo paradigma mental. Es el proceso llamado de empatía, por el cual adoptamos el rol de otra persona y sufrimos con ella.

De esta manera, y mediante este proceso empático, las víctimas permiten la creación de una frontera infranqueable entre la defensa democrática y pacífica de las ideas, sean estas realista o utópicas, justas o incluso injustas para algunos de nosotros, y la utilización de la violencia para la defensa de esas ideas, por muy justas que sean. Es decir, carece de importancia el tipo de ideas que se defiendan, será la sociedad la que juzgue lo correctas o incorrectas que sean, lo importante es el método adoptado para su defensa. Hablando más claro, el fin no justifica nunca los medios.

Para ello se necesita un trabajo de intelectuales y retóricos que desarmen la continua llamada a la violencia por parte de libros de historia y de propuestas políticas, que ven inevitable el recurso a la violencia. Se necesita deslegitimar al grupo de personas que, imbuidas de altos ideales, no tiene compasión por las víctimas y el dolor que causan, ya que difícilmente podrán aportar algo positivo a la humanidad si triunfan en sus objetivos, como así ha sido históricamente.

Pero, ¿y si nos faltan datos para poder identificarnos con las víctimas? ¿y si no conocemos sus nombres, su cara, sus vidas? ¿Y si no sabemos ni tan siquiera que ha

habido víctimas o sólo conocemos las de un bando? ¿Y si no deseamos enterarnos de las víctimas que han caído accidentalmente en las acciones de guerra de un determinado grupo? ¿Y si no las consideramos víctimas porque pensamos que son verdugos que han pagado su maldad? ¿Y si son tan sólo un número en un caso mientras conocemos perfectamente el nombre y las caras de las 'otras' víctimas, las 'nuestras'...? Y si ni siquiera sabemos definir quiénes son las víctimas.

Las víctimas pueden ayudarnos en el camino de la paz pero también pueden pedirnos más violencia, violencia justiciera por el dolor que han sufrido. Las víctimas pueden ser utilizadas, y lo son, para continuar un conflicto, para justificar nuevas víctimas que ya no son 'víctimas' a nuestros ojos sino fruto de la venganza necesaria. La identificación existe entonces pero se trata de una empatía perversa y amputada de la realidad, donde sólo distinguimos un grupo concreto, humano, mientras el otro grupo desaparece o se deshumaniza.

Indefinición del término 'víctimas'

Por un lado tenemos una concentración reductiva: últimamente, las víctimas van asociadas estrictamente a actos terroristas, serían las víctimas con mayúsculas que, desde el 11S se van imponiendo como las super víctimas. Quedan olvidadas las víctimas provocadas por otros conflictos, por una situación continuada de guerra o por la represión indiscriminada en ciertos casos de los "violentos" que puede alcanzar a otros grupos de civiles, considerados apoyo ideológico o logístico de estos "violentos". Estas nuevas víctimas son minimizadas, olvidadas o despreciadas al haber sido un apoyo de los violentos.

Por otro lado, sin embargo, nos encontramos con una extensión del término de forma explosiva que se cuele en múltiples artículos y opiniones canalizadas por los medios de comunicación. En esta ampliación del contenido semántico del término víctima se diluye la condición de víctima, desde quien sufre la violencia estructural al mobbing, desde el atentado terrorista a las víctimas de la carretera en fin de semana, de la violencia doméstica a los efectos del tabaco, de la represión policial a los infractores de circulación, de los concentrados en los campos de Darfur a los afectados por los hundimientos del Carmelo en Barcelona, de los asesinados por un grupo paramilitar a los ahogados en un tsunami....

En esta extensión del término contamos con un aspecto paradójico, el diacrónico: la herencia del victimismo puede extenderse por generaciones, como es el caso de los descendientes de esclavos o de etnias maltratadas por el desarrollo nacionalista del siglo XIX y XX, de los habitantes de los estados postcoloniales a los sucesores de

diversos genocidios. Esta extensión que, peca de racismo implícito, no tiene que ver con una restauración de la memoria histórica – siempre necesaria- sino que traslada una herencia genética inédita – la de víctima – y se conecta con el historicismo nacionalista que construye sus reclamaciones en afrentas sucedidas hace cincuenta años o tres siglos. Los historiadores serbios pueden considerarse víctimas por una batalla ocurrida en Kosovo hace ocho siglos o los partidarios del gran islam reclamar su al-Andalus perdido. Naturalmente, algunos grupos violentos derivados de esta metafísica insatisfacción pueden convertir estas aspiraciones reivindicativas en fuentes de nuevas violencias y nuevas víctimas.

Lo más paradójico de esta explosión victimista es que muchas de las víctimas son consideradas, y acusadas por otros grupos, de verdugos de otras víctimas: así que tenemos víctimas victimarias¹, incluso en este campo ahora tenemos un nuevo tipo de víctima, la del “mártir” que muere en un atentado suicida. Es decir, muere por sus ideas matando.

No hay que olvidar que el criminal nazi Eichmann se consideraba una víctima doble: del régimen al que había servido fielmente cumpliendo sus órdenes como funcionario genocida y del tribuna que lo juzgaba.

¿Hasta donde es soportable toda esta extensión del victimismo?

La extensión, si nos atenemos a la utilización mediática y pragmática del término, es patológica-universal: todo el mundo puede considerarse víctima, de los padres, de los hijos, de los vecinos, del jefe en el trabajo.... de la propia situación en la vida que le ha llevado a no ser un triunfador, a ser un rebelde sin causa o, simplemente, a sentir la pérdida de fuerzas e ilusión por la llegada de la vejez. En una sociedad fuertemente competitiva y meritocrática, todos los que no consiguen subir al podium y obtener la medalla de oro, pueden considerarse, y se consideran, víctimas. Los filósofos franceses que critican el estado compasional señalan esta deriva que convierte en universal a la víctima, consecuencia del estado-dispensario- paternalista que incita a la reclamación continua, a no asumir la responsabilidad frente a la existencia, a refugiarse en un egoísmo infantil o adolescente. Paradójicamente, el estado del bienestar provocaría una serie de insatisfechos patológicos.

Por lo tanto, se impone una operación que delimita el término víctimas. Hay que separar a las víctimas que sufren violencia de los ‘afectados’ por un determinado problema de tipo natural o por un fallo técnico que afecta a los poderes del estado. Son personas que deben ser ayudadas o compensadas por el mal sufrido. Del mismo modo, las víctimas de la violencia de género, racial, empresarial, ... son sujetos de la

¹ Persona que con sus actos o conducta, hace sufrir o convierte en víctima suya a alguien.

justicia común aunque su caso revele profundas disfunciones sociales y educativas en la sociedad donde se produce y sea motivo de debate interno en la sociedad. En ambos casos, tanto los afectados por las catástrofes como las personas que sufren una determinada violencia personal, deben llevarnos a la creación de mecanismos de prevención social, al cambio de la mentalidad colectiva mediante procesos educativos y ciudadanos.

En otro grupo nos encontramos las víctimas fruto de un conflicto. Las víctimas de genocidio, etnocidio e ideocidio – aquellas que son atacadas por sus ideas políticas -, son las víctimas de un proceso de violencia entre grupos opuestos, conflicto que debe solucionarse mediante el diálogo. En este conjunto de víctimas encontramos las que directamente han sufrido la violencia y las que se erigen legítimamente en representantes de su memoria (padres, hijos, parientes, amigos) aunque estas nuevas asociaciones pueden caer en utilizaciones interesadas y en derivas propias de toda organización (luchas por el poder, perversión de los objetivos iniciales...). Los medios se erigen en portavoces de estas asociaciones y son un a fuente de confusión tanto como de publicidad de las mismas.

Este proceso de extensión del victimismo, animado de forma enloquecida por los medios de comunicación en su búsqueda de la sensación (sensacionalismo) debe cortarse y denunciarse porque no sólo es perverso sino que desprotege a las víctimas de procesos violentos. El ciudadano democrático de los países desarrollados, afectado por su particular proceso de victimismo tiende a minusvalorar las auténticas víctimas o convertirse en espectador pasivo, por muy compasional que sea su mirada, del espectáculo mediático que le presentan sobre las víctimas de los conflictos armados.

Origen del término

Víctima en su origen es aquel animal o persona que es inmolado en un sacrificio a la divinidad. En realidad, debemos conservar la etimología del término para concretar el sentido justo del término. Es decir, una víctima es toda persona sacrificada por una idea superior y por el pensamiento de que una idea o un grupo pueden ser superiores a las personas que se suponen beneficiarias de esa idea.

Tenemos dos posiciones claras:

- a) Si consideramos que las personas, cualquier persona, sea lo que sea, es superior a la idea que, supuestamente, le va a beneficiar, podemos distinguir claramente a las víctimas de los verdugos, a los que sufren una violencia sectaria, que sería la imposición de unas ideas, sean las que sean, mediante la violencia.

- b) Si consideramos a las ideas superiores a las personas, las víctimas son simplemente héroes que han abierto el camino, estorbos que se han apartado del sendero o accidentes inevitables en el camino maravilloso del progreso.

La guerra convencional de las sociedades antiguas no tenía muy claro este concepto de víctima al definir tan sólo los combatientes. La violencia xenófoba contra los que no pertenecían al grupo, los expulsaba de la humanidad (por ello, podían ser asesinados o esclavizados) pero no otorgaba valores morales a este comportamiento.

La democracia trajo la guerra total al comprometer al pueblo como totalidad en la guerra eliminando el ejército profesional mercenario o forzado y sustituyéndolo por un entusiástico ejército del pueblo. La condena de la guerra – y de la violencia que conllevaba - por los ilustrados trajo una consecuencia aun más paradójica. El enemigo, en caso de conflicto, pasó de ser un contrincante a convertirse en un asesino (real o en potencia) que debía ser castigado ya que había provocado la violencia indeseada.

Por su parte, la guerra total trajo la masacre a las poblaciones civiles aun después de haberse rendido. Los civiles se transformaron en enemigos, expulsados de la humanidad por pertenecer a un grupo étnico distinto o por tener ideas ‘monstruosas’.

En la derivación populista perversa, se llegó a un invento de los totalitarismos en el siglo XX: las víctimas se acusaban en juicios públicos y transmitidos por los medios de comunicación de la época, como verdugos, antes de ser condenados a muerte y eliminados públicamente. Los procesos se convertían en verdaderos espectáculos de confesión pública por parte de los criminales, algunos acompañados de una coreografía teatral envidiable (de los juicios de Moscú a los derivados de la revolución cultural china).

Por su parte, la lógica concentracionaria determinaba que una persona dejaba de tener derecho a juicio con mínimas garantías procesales cuando dejaba de ser persona. Su monstruosidad era tan grande que dejaba de tener los derechos normales que le corresponderían a cualquier otro miembro de la humanidad. Los que se oponían a la construcción del benéfico régimen eran tan peligrosos como un virus o un cáncer que debía ser extirpado del cuerpo social, eran excrescencias o suciedades que debían ser solucionadas mediante la limpieza policial (no hay que olvidar que el término policía viene en su origen de un organismo de limpieza de la polis).

Así que no tenemos una clara conciencia de las víctimas en las sociedades tradicionales ni en las primeras sociedades democráticas o populistas. Sólo tenemos héroes y malvados, ciudadanos y traidores, defensores o enemigos del pueblo.

Sólo en las visiones misioneras del monoteísmo encontramos un origen ciertamente teológico de la víctima. La extensión de la salvación a todos los humanos llevaba como consecuencia la necesidad de propagar la verdad que los salvaría y la existencia

de grupos y personas en peligro. La guerra justa cristiana, o una cierta concepción de la jihad, son una consecuencia inmediata de esta necesaria extensión de la verdad a nivel mundial. Las guerras justas se han dado en toda la expansión de occidente desde el siglo XVI: extender el cristianismo, liberar a los pueblos de la esclavitud de sus gobiernos despóticos o llevarles la civilización por la fuerza.

Sin embargo, sería a finales del siglo XX cuando las víctimas adquirieran un nuevo sentido laico para estas intervenciones militares.

El cambio radical de la guerra de Biafra

Bernard Kouchner, fundador de Médicos sin fronteras; fundador de Medicos del Mundo, rival de Médicos sin fronteras; ministro socialista y ministro del actual gobierno de derechas francés; hombre mediático; es el impulsor de dos cambios fundamentales en la estrategia geopolítica occidental: la noción de víctima como protagonista de los conflictos y la necesidad de la injerencia humanitaria.

El primer cambio ocurre con la llamada Guerra de Biafra, insurrección de una provincia perteneciente al flamante estado petrolífero y postcolonial de Nigeria. En el conflicto se mezclan los confusos problemas que sobrevienen a los estados creados sobre el papel de acuerdo a los intereses de la metrópoli, que se unen en muchos casos a disputas por el control étnico del poder y por el control étnico de las riquezas naturales, auspiciado por las antiguas potencias en lo que se ha llamado neo-colonialismo. El drama es tan real como otros muchos que arrasan el planeta en el periodo 1960-1980 y que producen el mayor número de víctimas por conflictos étnicos que ha conocido la humanidad. Los partidos nacionalistas que han sustituido a las potencias coloniales acaban con las minorías – o incluso someten a las mayorías – a un proceso etnocida cultural o genocida extirpador en guerras civiles continuas. Las ex metrópolis juegan con los bandos en disputa para continuar teniendo el control de las materias primas o, simplemente, para mantener su influencia.

¿Por qué Biafra se convierte en un emblema y cambia todo el panorama mediático occidental inaugurando la aparición audiovisual de la víctima que pide nuestra ayuda e incluso nuestra intervención militar?

Bernard Kouchner tarda en convencer al clásico militar rebelde que se ha levantado en Biafra contra el gobierno central. El teniente coronel Ojukwu, líder de la minoría cristiana ibo, pretende construir un estado, desea esconder sus miserias y el hambre de su pueblo, anhela ofrecer una imagen heroica de sí mismo; en definitiva, el coronel Ojukwu no comprende en principio las razones del médico francés que se ha convertido en su consejero improvisado. Este médico desea romper con el secreto

médico que ha animado hasta entonces las acciones humanitarias encabezadas por la Cruz Roja y atraer la opinión pública internacional sobre el drama y la catástrofe de Biafra.

Bernard Kouchner llama a una agencia de relaciones públicas suizas, la agencia publicitaria Mark Press con Paddy Davies como responsable de propaganda, y convierte el hambre por primera vez en un espectáculo televisivo. Para obtener una imagen adecuada, el coronel y sus hombres, concentran en campos especiales a los hambrientos que se convierten así en 'nuevos combatientes' de la causa. Como dice el filósofo Esner, mientras unos luchan en el frente, otros luchan en los medios audiovisuales para conseguir la ayuda necesaria. Los periodistas occidentales, como señala el enviado de Le Monde Philippe Decraene, son guiados de acuerdo al guión previo realizado por la organización Overseas Press Service.

Paradójicamente, los intereses humanitarios de Bernard Kouchner coinciden con los de un personaje que no piensa exactamente en las víctimas sino en la grandeza de Francia. El general De Gaulle alimenta esta rebelión con armas y mercenarios, a través de su 'Monsieur Afrique' Jacques Focart. La URSS, los países anglosajones y el resto de países africanos – partidarios de no alterar el status quo postcolonial – apoyan a Nigeria. Los alimentos, las medicinas y la ayuda hospitalaria se concentran en los combatientes del coronel Ojukwu, mientras Europa sólo ve niños famélicos. La Guerra de Biafra es la primera guerra que, agitada por las potencias, es prolongada de forma absolutamente inútil por las organizaciones humanitarias.

¿Se trata de una inocente confusión entre intereses humanitarios y geoestratégicos por parte de este médico que cura a los combatientes del coronel Ojukwu? La realidad es que los intereses de Kouchner y los del Eliseo nunca han chocado, lo cual resulta de lo más natural: "¡Cómo va a apoyar la república francesa una causa injusta!", como dijo un ministro de Mitterrand (del cual se está revisándose actualmente su terrible política internacional asiática y africana, desde la explosión del Rainbow Warriors a el apoyo a los genocidas de Rwanda). Desde Biafra a Darfur, Kouchner ha sido el adalid de la injerencia humanitaria, sembrando en el camino dos organizaciones de éxito, Médicos sin Fronteras y Médicos del Mundo, sucesivamente dirigidas por él. A él se le puede considerar el padre del actual victimismo mundial interesado.

Utilización mediática

Desde la innovación de Kouchner, las víctimas entran en televisión y los diarios compiten con las televisiones en ofrecernos las imágenes más impactantes de lo que

se llama 'el sufrimiento ajeno'. Y esta es la característica principal que transforma perversamente la empatía

- a) Se produce un fenómeno de agobio que nos implica continuamente en causas más diversas.
- b) Una serie de intelectuales, religiosos y, finalmente, políticos, nos acusan o se acusan de ser los culpables de estas víctimas, sea por la tradicional omnipotencia de Occidente, sea por no intervenir para evitar la catástrofe.
- c) Los políticos son acusados, a su vez y cada vez más, de imprevisión, la política se sacraliza y termina siendo responsable hasta de las catástrofes naturales.
- d) Finalmente, para poder conservar un mínimo de coherencia moral en nuestras vidas, nos sentimos liberados de estas víctimas y comenzamos a echarles la culpa de nuestros males. Los que más han sufrido esta reacción defensiva son los inmigrantes de las pateras.

Pero, la política ha sufrido un cambio en este periodo. El estado gestionaba los recursos, redistribuía los mismos y aseguraba unos espacios seguros para sus ciudadanos. Ahora, quiere asegurarles la felicidad que era un asunto de revolucionarios – aquellos que deseaban subvertir el estado – y de gobiernos totalitarios que acababan con el estado de derecho y que convertían a sus pueblos en rehenes de la felicidad futura y suprema (nacional, de clase o religiosa) con resultados de asesinatos en masa de la población.

El estado asistencial en crisis se convierte en un estado compasional, empático con todas las catástrofes y mediático, es decir, el político hace gestos para demostrar esta formidable empatía que tiene con la desgracia ajena.

El estado europeo se ha vuelto un estado 'compasional', en palabras de Michel Richard, un estado en que prima el sentimiento de atención a las víctimas de cualquier origen: desde una catástrofe natural a un atentado terrorista. En este estado, el político debe alterar su agenda inmediatamente que surge la necesaria visita al lugar del atentado o al hospital donde se encuentran los heridos, la puesta de medallas sobre los féretros o el llanto con los familiares. Las cámaras están atentas a todos estos movimientos que se han convertido en una trampa mortal para cualquier político.

Si el político acude, y se le exige que acuda, ya sabe que encontrará dos reacciones

- a) los contrarios al político le acusarán de utilización partidista de las víctimas.
- b) si no acude, los contrarios le acusarán de inhumanidad y señalarán con el dedo acusador el lugar donde se encontraba, sobre todo, si la catástrofe ha coincidido con sus vacaciones.

El circo mediático se completa con famosos y teletómbolas de asistencia a las diferentes y variadas víctimas de conflictos y catástrofes, con publicidad escandalosa

de las propias organizaciones humanitarias, con una multiplicación de testimonios en forma de libros y películas,... Occidente vive rodeado de víctimas y 'satisfecho' de ser el gran donante universal de la causa humanitaria.

Las víctimas como problema en el proceso de paz

En este circo mediático, las víctimas se convierten en una estrategia mediática de los propios grupos que controlan la violencia. La mayoría de los grupos violentos actuales, dirigidos por gestores de la violencia que se encuentran imbuidos de la cultura mediática, utilizan dos caminos sabiendo que encontrarán un público para ambas estrategias.

De un lado, las víctimas propias son focalizadas, reconocidas, identificadas, historizadas. Las víctimas propias, segregadas del contexto y en absoluto identificadas con las víctimas ajenas, refuerzan al grupo partidario de continuar con la violencia para la consecución de sus objetivos.

Por otra parte, los atentados violentos contra el grupo opositor que son recogidos mucho más rápidamente por los medios de comunicación y provocan, evidentemente, víctimas – directas o indirectas, discriminadas o indiscriminadas, elegidas o simplemente colaterales - del grupo contrario o de la población en general.

Se juega con la opinión pública en ambos bandos y el público practica una particular esquizofrenia entre llorar las víctimas propias como un demócrata y deslegitimar las ajenas, al ensalzar la violencia – sea con ánimo justiciero de vengar estos agravios evidentes, sea simplemente con recursos desnaturalizadores de la humanidad del contrario. Son los medios actuales lo que provocan esta extraña situación mientras son los gestores de la violencia los que controlan esta doble política en sus estrategias para conquistar o mantenerse en el poder (liberaciones de presos o rehenes, eliminaciones seleccionadas o indiscriminadas, ...)

Los medios de comunicación intentan regular estas apariciones en sus agendas (aunque los excluidos de la agenda son siempre superiores a los incluidos) pero priman – por razones del medio - el atentado sobre las víctimas, es decir, lo que provoca nuevas víctimas sobre las historias de las víctimas de hechos violentos ya pasados. Las manifestaciones pacíficas y los juicios son muchos menos interesantes que las manifestaciones violentas o las explosiones mortíferas.

Las víctimas son seleccionadas a su vez. La lógica de los medios occidentales y la opinión pública de los países prima las víctimas occidentales – secuestros y atentados indiscriminados (lo que refuerza a los gestores de la violencia que eligen estos caminos mucho más expeditivos hacia la primera plana). Esto produce un efecto

malévolo e indeseado: los propios medios occidentales y los periodistas occidentales han provocado en cierto modo que sea muy rentable atentar contra occidentales o secuestrar periodistas. Las muertes de periodistas aumentan en progresión geométrica a la importancia cada vez mayor de los medios. Es una relación paradójica y perversa de la importancia de la opinión pública.

Por otro lado, los gestores de la violencia son cada vez más poderosos y alejados del escenario de la violencia, utilizan peones o trabajadores como unos empresarios eficientes: habría que dar, en cierto modo, la consideración de víctimas inclusive a los autores de atentados y, desde luego, a los suicidas, que son verdaderas víctimas de ideas que colocan la trascendencia por encima de la persona pero, sobre todo, son víctimas de los gestores de la violencia que los han elegido para morir por esas ideas que los mantienen en el poder. Los 'mártires' son verdaderas piezas de peón de dirigente militares sin escrúpulos que no sólo deshumanizan a los adversarios de sus ideas sino a los propios componentes de su grupo. Estas nuevos personajes victimarios-víctimas, seducidos de forma casi erótica por una violencia que provocan y sufren, son personajes psicológicamente enfermos en su mayoría – los casos de venganzas personales por muerte de un pariente o persona cercana, son mínimas y han sido sobrevalorados – aunque necesitan de un entorno favorable a estos actos y de una determinada pérdida de realidad inducida por los que lo llevan al martirio y le proporcionan los medios para obtenerlo.

En general, todas las personas que eligen la violencia tienen una patología particular: la pérdida del sentimiento hacia el otro y eso requiere una operación mental de deshumanización que, en el caso de los suicidas, comienza con la propia persona. Por ello no es un símil artificial el compararlo con el proceso terrible de perversión del erotismo en el sadomasoquismo – donde se dan igualmente estos componentes que alteran una relación de encontrar la trascendencia a través de la relación interpersonal – en que el placer se convierte en un elemento de destrucción de la persona humana, en que el erotismo deja de ser amor hacia otra persona para convertirse en un sentimiento de destrucción de la persona (propio y ajeno).

Es por lo tanto, difícil que este conjunto de personas pueda entrar en un proceso de paz reconociendo como humanos a lo que ha expulsado de la humanidad o reconociéndose a sí mismo como un humano capaz de sentir compasión. Pero, es el primer paso necesario e imprescindible.

Las víctimas como solución en el proceso de paz

Mientras el grupo que llega al proceso de paz continúe animalizando a los adversarios, expulsándolos a las tinieblas de la incivilidad o condenándolos como monstruos contrarios a cualquier sentimiento humano, el proceso de paz quedará paralizado, reflejando tan solo una simple etapa en el camino de la victoria sobre el contrario.

Mientras el grupo que llega al proceso de paz coloque, por encima de las personas, la representación de una nación, un dios o una idea superiores, las víctimas serán sólo un accidente, todo lo trágico que se desee, pero accidente en el camino hacia el supuesto paraíso religioso, renacer ideológico o primavera de la nación.

Por lo tanto, las víctimas y su reconocimiento como tales, son un paso imprescindible en el comienzo de un auténtico proceso de paz. En caso contrario, sólo se ha llegado a un fin de las hostilidades – lo que de por sí, es positivo – pero no será posible avanzar sin un fin de la violencia interna, sin un cambio mental que implique la compasión y la empatía por el sufrimiento provocado.

Es fundamental pasar de las ideas a las personas y no considerar el proceso de paz un diálogo sobre soluciones políticas que es algo que continua y constantemente se debe discutir en cualquier sociedad.

Las víctimas, su visibilización, son una parte necesaria y concienciadora en un proceso de paz porque indican que esas ideas que provocaron la violencia (las de defensa de un cambio tanto como las de defensa de un status quo determinado) no eran superiores a las personas e, incluso, que ni tan siquiera podían ser justas ya que implicaban un terrible dolor ajeno.

Hacia una ubicación real de las víctimas en los procesos de paz

Se deben dar una serie de condiciones imprescindibles con las víctimas para que se trate de un auténtico proceso de paz y no sólo de un técnico “fin de la violencia”, condición tan imprescindible como insuficiente. El fin de la violencia es simplemente una tregua. Para que las condiciones de origen se eliminen, es necesario:

- a) El reconocimiento de las víctimas y de su situación como tales por ambos grupos.
- b) La condena judicial clara y personalizada de los victimarios, independientemente de posteriores perdones o amnistías (y no previamente al reconocimiento de las víctimas). Hay que considerar que los delitos contra la humanidad son imprescriptibles.
- c) La petición de perdón por parte de los victimarios a sus víctimas. Esta condición se olvida con frecuencia y provoca alteraciones posteriores en el proceso de paz o falsificación del mismo. No se puede solucionar un conflicto

- con un simple abandono de la violencia como medio par obtener sus objetivos sino con un reconocimiento de que esa violencia nunca debió ser practicada.
- d) La concesión del perdón por parte de las víctimas a sus victimarios, después de la condena judicial de los mismos. Es la condición más difícil y casi teológica de este proceso de paz pero una de las más necesarias.
 - e) La exclusión de las víctimas del proceso político emprendido. Las víctimas sólo tienen que ver, y es lo fundamental, con la violencia que se practicó contra ellas, no con las evoluciones del proceso político que deben ser fruto de una acuerdo de los grupos políticos refrendado mayoritariamente por la población. Es el momento más difícil porque las víctimas pueden ser objeto, y lo son, de una manipulación de un grupo que utiliza sus intereses legítimo pervirtiéndolos.
 - f) La adecuada adaptación de libros de texto y de la memoria histórica del grupo para señalar claramente las víctimas y los victimarios con tal de que la memoria no olvide la violencia practicada y transforme, como es habitual, a los victimarios en héroes.

Conclusiones

Paul Ricoeur situaba claramente el inmenso problema de coordinar justicia y perdón. Planteaba que sólo en una salida teológica, trascendente, se puede condenar el crimen y perdonar al criminal. Sólo en una salida trascendente, la democracia puede ser justa, satisfaciendo tanto los deseos de justicia como los de paz. Es decir, Los procesos de paz no pueden entregarse a tribunales populares y mediáticos movidos por la emoción y la compasión. La compasión era la principal fuente de inspiración del hombre justo, Robespierre, cuyos tribunales desataron el terror en la Francia revolucionaria.

Por otro, lado, no puede darse el perdón a quien no lo ha pedido. No puede darse el perdón a quien no condena la violencia que lo convirtió en criminal. No puede extenderse la compasión a quien no la comparte. Ese es un mal camino para la paz porque deja la vía abierta a la conversión en héroes de los criminales y de sus ideas impuestas por la violencia.

Es un difícil equilibrio que todo proceso de paz debe mantener: el de la inclusión de las víctimas como protagonistas del proceso de paz y el de su exclusión como jueces determinantes del proceso de paz; el de la condena de los victimarios, de sus cómplices y de las ideas que los sostuvieron en tanto reclamaban la violencia, y al mismo tiempo la admisión de los victimarios como personas también protagonistas en el proceso de paz. El de la necesaria petición de perdón por parte de los victimarios a

sus víctimas y la condena de la violencia; el de la necesaria, y mucha más difícil, concesión del perdón por parte de las víctimas a sus victimarios después de su condena social y penal.

Paul Ricoeur proponía un complicado recorrido: se debe pasar de la trascendencia a la empatía o llegar a la trascendencia por medio de la empatía. Las víctimas son ante todo personas y su historia, cada historia, es la de una vida destrozada por un dolor profundo que no se olvidará jamás. Las víctimas son el ejemplo de que cada persona es un mundo y es el mundo para nosotros. El planeta está constituido de historias personales, su problema es el nuestro y sin su comprensión no se puede avanzar en la construcción de un mundo más justo.

Bibliografía

ARENDDT, Hannah, *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Lumen, Barcelona, 1999.

BOLSTANSKI, Luc, *La souffrance à distance: morale humanitaire, médias et politique*, Métailié, París, 1993 (nueva edición 2007, Gallimard).

COLONOMOS, Ariel, *La morale dans les relations internationales: rendre des comptes*, Odile Jacob, París, 2005.

ERNER, Guillaume, *La société des victimes*, La Découverte, París, 2006.

MORENO, Amparo, *La otra Política de Aristoteles*, Icaria, Barcelona, 1988.

PECH, Thierry, PADIS, Marc-Olivier, *Multinationales du coeur: les ong, la politique et le marché*, Seuil, París, 2004.

PERCEVAL, José María, *Nacionalismo, racismo y xenofobia en la comunicación*, Paidós, Barcelona, 1997.

RICHARD, Michel, *La République compassionnelle*, Grasset, París, 2005.

RICOEUR, Paul, *El mal, un desafío a la filosofía y la teología*, Amorrortu, Madrid, 2006.

RICOEUR, Paul, *La historia, la memoria y el olvido*, Trotta, Madrid, 2004.

SALAS, Denis, *La volonté de punir, essai sur le populisme pénal*, Hachette, París, 2005.

SENARCLENS, Pierre de, *La acción humanitaria ante las catástrofes*, Bellaterra, Barcelona, 2000.

TESTER, Keith, *Compassion, Morality and the Media*, Open University, Philadelphia, 2001.

TODOROV, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

VALLAEYS, Anne, *Médecins Sans Frontières, la biographie*, Fayard, París, 2005.